

Comunicaciones del I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia
Contemporánea de la AHC

Mesa: Historia VS Memoria.

MEMORIA E HISTORIA:
LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA
ENTRE LA REPRESENTACIÓN INDIVIDUAL Y
LA FABRICACIÓN COLECTIVA

José Saldaña Fernández

Universidad de Huelva. Universidad Internacional de Andalucía

INTRODUCCIÓN*

El tradicional debate entre Historia y Memoria, lejos de haberse extinguido ante las novedosas perspectivas historiográficas abiertas en los últimos tiempos, está encontrando nuevos estímulos al amparo, precisamente, de esas recientes tendencias historiográficas y de su interacción con otras disciplinas. La memoria no sólo se ha constituido en los últimos tiempos en objeto de estudio prioritario de disciplinas muy dispares –caso, por ejemplo, de la psicología cognitiva, la literatura o la misma historia–, sino que a su vez se le ha ido dotando, desde esas mismas áreas académicas, de un completo marco teórico, estableciéndose, por ejemplo, una tipología compleja y precisa –distinguiendo así entre memoria individual, colectiva, oficial, nacional o pública, entre otras–. En cualquier caso, este impulso alcanzado por la memoria, tanto en su tradicional campo de análisis como en otros espacios disciplinares, responde en buena medida a intereses y criterios ciertamente diferenciados, resultando muy limitado hasta este momento el diálogo y la transferencia entre unas disciplinas excesivamente encorsetadas y sujetas a inercias académicas de gran tradición y consistencia. El ensimismamiento disciplinar resulta especialmente perceptible en el particular deslinde de espacios respectivos labrado entre las prácticas literarias e históricas. Mientras los estudios literarios han dirigido su mirada, debido particularmente a su vinculación con el género autobiográfico, hacia la memoria individual y sobre sus implicaciones textuales y estilísticas; la disciplina histórica, por su parte, se ha acercado tradicionalmente a ese mismo fenómeno memorial y autobiográfico atendiendo a su valor testimonial, por contener el relato de unos hechos considerados como ocurridos realmente, de ahí que su lectura se centrara principalmente en el conteni-

** Este trabajo está concebido como una reelaboración crítica y actualizada de otros anteriores, de ahí que, dadas las limitaciones de espacio, haya optado por prescindir de la inclusión del aparato crítico que sustenta sus afirmaciones y reflexiones, que puede consultarse en: “Memoria colectiva y representación individual: las estructuras de poder de la Guerra de la Independencia ante sus protagonistas”, en Beramendi, Justo; Baz, M^a Xesús (coord.): *Memoria e Identidades: VII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Santiago de Compostela-Ourense, 21-24 de setembro de 2004*. Santiago de Compostela, Universidad, 2004, pp. 2380-2411; y “Autobiografía y mito: la Guerra de la Independencia entre el recuerdo individual y la reconstrucción colectiva”, en Demange, Christian *et al.* (eds.): *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*. Madrid, Casa de Velázquez, 2007.

do del escrito, en concreto, acerca de los aspectos de historia personal o contextual, y sobre las cuestiones vinculadas a la personalidad del autobiógrafo.

Ahora bien, en los últimos tiempos se están ampliando todas las perspectivas sujetas al fenómeno de la memoria. En el caso concreto de la Historia, las nuevas miradas hacia el pasado están contemplando, en parte por su vinculación con temáticas de mayor tradición o interés académico -como por ejemplo el estudio de las identidades grupales-, un novedoso acercamiento al fenómeno de la memoria, no sólo distinguiendo e impulsando el estudio de sus distintos tipos, sino también auspiciando la pérdida de protagonismo de la memoria personal respecto a aquellas otras categorías asentadas en lo colectivo.

En consecuencia, las nuevas perspectivas de acercamiento a la realidad social de la memoria están impulsando la revitalización de ciertos interrogantes vinculados al ya tradicional debate entre Memoria e Historia, resultando cada vez más necesario en este sentido derrocar determinadas inercias académicas y romper las barreras disciplinares que han encorsetado la labor intelectual hasta este momento. Lo primero que habría que evidenciar, por tanto, es que no se puede establecer una separación aséptica y precisa entre los distintos tipos de memorias, y de que sus distintas tipologías resultan inconsistentes fuera de un marco puramente convencional al encontrarse éstas imbricadas y en constante correspondencia e influencia. En este sentido se explicaría el objeto central de mis trabajos, esto es, determinar el grado de articulación entre la memoria colectiva y la individual, o para ser más preciso, sobre un aspecto considerado menor como es la influencia que ejerce la primera sobre la segunda, ya que hasta ahora se ha obviado, en buena medida, las deudas contraídas por la memoria personal hacia otras categorías más generales, y ello a pesar de reconocer el carácter activo y la naturaleza constructiva de esos mismos recuerdos personales.

La detección de las deudas e influencias de la memoria individual y colectiva pasa irremisiblemente por la revitalización, relectura y reubicación de fuentes históricas tradicionales, aunque bien es cierto que con la convicción de asumir nuevos puntos de vista provenientes de otras disciplinas afines y complementarias. No en vano, la escritura autobiográfica constituye el instrumento de análisis de este trabajo, un material usado tradicionalmente por los historiadores, según ya se ha apuntado, como documento auxiliar por su valor testimonial, si bien he incorporado en este punto nuevas perspectivas con objeto de no atender exclusivamente a su contenido, sino también al texto en sí. Y es que, una vez superados los tradicionales corsés académicos e intelectuales, las memorias se erigen plenamente como un material

idóneo para definir los parámetros en los que se desenvuelve la reconstrucción o elaboración de la propia vida del memorialista, permitiendo en última instancia delimitar aquellos caracteres colectivos que determinan la escritura de tinte individual.

Por otra parte, el campo de análisis vendría representado por la Guerra de la Independencia, momento que ha atraído la atención desde un punto de vista tanto individual –numerosos relatos autobiográficos tratarían sobre alguno de sus aspectos–, como colectivo –erigiéndose posteriormente en uno de los hitos más significativos en la conformación de la identidad nacional española–; un espacio propicio, por tanto, para discernir con claridad la complementariedad de los planos individual y colectivo. En este sentido, la confrontación de numerosos testimonios autobiográficos y la valoración principalmente de los mecanismos del propio discurso permitirá determinar el grado de influencia de la reconstrucción colectiva sobre la escritura de tinte individual, dando así respuestas certeras a algunos de los interrogantes más acuciantes que se plantean a la hora de conjugar los conceptos de Memoria e Historia.

1. POSICIONES DE PARTIDA: DE LA MEMORIA COMO FACULTAD INTELLECTUAL A LA MEMORIA COMO GÉNERO LITERARIO.

La utilización de relatos autobiográficos como fuente histórica presenta numerosos condicionantes, a la vez que genera no pocos recelos en atención a las deudas contraídas con la memoria, a su carácter literario y por su propia naturaleza constructiva. El primer elemento a tener en consideración, por tanto, es la supremacía que ejerce en su elaboración, al menos sobre el papel, la memoria individual frente a otras categorías asentadas en lo colectivo, aunque bien es cierto que, como ya se ha anotado, no se puede establecer una separación aséptica y precisa entre sus diversas modalidades. De hecho, los caracteres asignados a la memoria individual como facultad intelectual, invitan precisamente a considerar que las distintas memorias se encuentran imbricadas y en constante correspondencia, y cuyo recorrido no resulta en ningún caso unidireccional, afectando la individual a la colectiva y, a su vez, la colectiva a la individual.

No podemos obviar, en todo caso, que la memoria presenta un carácter limitado y selectivo, caracterizándose además por su fragilidad, parcialidad, textura manipuladora y discontinua, debido, en buena parte, a la erosión del tiempo, la acumulación de experiencias, la

imposibilidad real de retener la totalidad de los hechos y, fundamentalmente, por la acción del presente sobre el pasado. En efecto, resulta evidente la influencia que ejerce el momento desde el que se recuerda sobre el propio recuerdo evocado, condicionando tanto la invocación como la rememoración del hecho retenido. No en vano, como avalan distintos hallazgos desde la psicología, la memoria autobiográfica resulta tremendamente sensible al influjo de multitud de factores personales y contextuales, de cuya tesis se deriva no sólo que los recuerdos autobiográficos son construcciones, sino que son también transitorios. Una influencia que se manifiesta tanto en el momento de la experiencia primera –la codificación- como en el posterior instante del recuerdo –la recuperación-, puesto que el hecho de retener información a través de sistemas puramente físicos o naturales –proceso en ningún caso efectuado al margen de ingredientes personales o ambientales- no puede separarse de aquel otro de recuperación, en el que intervienen elementos contextuales de índole social y donde actúan la reconstrucción, valoración e interpretación.

La importancia del presente también se manifiesta en otros elementos igualmente definitorios y controvertidos como son el olvido, el silencio, la nostalgia o el cambio. Unos ingredientes que vienen a incidir principalmente sobre el carácter activo de la memoria y en su naturaleza constructiva, en el sentido de que los recuerdos se van componiendo al amparo de sucesivas reinterpretaciones que el sujeto efectúa de su propio pasado. Una reestructuración y elaboración en la que no sólo intervienen sucesivas evocaciones de recuerdos, sino también otros materiales como lecturas, relatos u otros testimonios del acontecimiento recordado.

Llegados a este punto, conviene dirigir la mirada hacia las memorias como género literario, unos relatos muy deudores, no podemos olvidarlo, de la memoria como facultad psíquica y de todos sus caracteres y condicionantes. No en vano, en todo escrito autobiográfico debe tenerse muy en cuenta tanto la parcialidad de la memoria como su dependencia respecto al momento de la escritura. De hecho, el autor esboza su retrato del pasado en función de los condicionantes de su situación presente, construyendo así, tanto consciente como inconscientemente, una imagen que responde más a las necesidades de su circunstancia actual que a los ingredientes lejanos que intervienen en su relato. En todo este proceso se produce, pues, una compleja elaboración del yo -el del presente o el que escribe y el del pasado o el que es descrito-, y que concierne la persona que es, la que fue, y la que finalmente escribe. En este sentido, factores como la edad de los memorialistas, el objetivo final de su escritura o la proximidad a los hechos relatados pueden definir ciertas variables del texto, aunque en todos los casos

influye sobremanera las novedosas circunstancias contextuales desde las que elabora el relato; un hecho que se presenta con mayor nitidez si cabe en los escritos del siglo XIX. En cualquier caso, nos encontramos ante un documento resultante de un proceso de elaboración posterior bajo unos determinados parámetros narrativos, que provoca ciertas desconfianzas acerca de su capacitación como instrumento de análisis histórico.

Una cuestión capital, insoslayable y hasta cierto punto recurrente en todo acercamiento al discurso autobiográfico como fuente histórica reside, por tanto, en determinar el grado de veracidad que encierra su contenido. Ahora bien, aún siendo conscientes de los condicionantes que imprimen a las memorias su carácter formal y narrativo, ello no debe ser óbice para negar todo su valor como fuente histórica ni para desestimar su significación como instrumento de análisis social.

Algunos autores defienden la necesidad de despojar al texto autobiográfico de su artificiosidad y racionalización, y plantean la obligación de someterlo a un proceso depurativo que permita, mediante la conjugación de distintas visiones de un mismo hecho, acercarse a la misma realidad. Otros, en cambio, al considerar que el relato autobiográfico se presenta como una realidad nueva que resulta difícil identificar con lo realmente acontecido, defienden la conveniencia de desterrar el principio de veracidad como único criterio para enjuiciar una autobiografía, insistiendo en este sentido en sus inherentes valores colectivos. En esta línea, consideran inadecuado buscar la realidad social al margen del mismo texto, ya que ésta no se puede concebir como algo independiente de la experiencia y de la estructuración simbólica, de ahí su insistencia en no determinar si el texto se ajusta a la verdad o se acerca a la mentira, sino constatar más bien que se corresponde con una visión personal que se ha construido en función de determinados cánones culturales. Desde esta perspectiva, el interés debe centrarse, pues, no tanto en decretar la veracidad de los hechos narrados, sino en definir los parámetros en los que se desenvuelve la reconstrucción o elaboración de la propia vida del memorialista. Un punto de vista que parte del mismo texto, sitúa el tono en la implicación de los valores sociales, y que se ajusta, por tanto, a nuestro interés por delimitar aquellos caracteres colectivos que determinan la escritura de tinte individual. En todo caso, una relación ciertamente compleja, que no se produce de modo unidireccional, y cuya resolución pasa por un deslizamiento hacia un plano más concreto.

2. LA ESCRITURA SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA: UN ESPACIO PARA EL DEBATE.

Pocos momentos de la Historia de España se prestan con tanta nitidez a un análisis sobre la articulación entre memoria colectiva e individual como el conflicto peninsular de 1808 a 1814. Un proceso que, como ya se ha explicitado, en ningún caso se produce de forma autónoma, y en el que ambos planos, el individual y el colectivo, se precisan mutuamente.

Desde un punto de vista colectivo, fue esa coyuntura bélica inaugurada en 1808 la que constituyó el germen de la gran mitología nacionalista imperante durante el siglo XIX y parte del XX; un proceso de simplificación en el que la Historia desempeñaría un papel ciertamente protagonista.

Desde un enfoque individual, la guerra suscitó un enorme interés entre gran número de sus protagonistas, como lo evidencian los cuantiosos relatos autobiográficos que trataban sobre algún aspecto del conflicto. Estos escritos resultaron muy dispares desde el punto de vista ideológico –autores que respondían a distintas motivaciones políticas o sociales–, temático –centrados en muy diversos aspectos–, y cronológico –desde los elaborados de forma coetánea a los sucesos hasta aquellos que lo hacían a muchos años de distancia–; una diversidad también evidente en lo que respecta a la escala misma de su tratamiento, desde aquellos centrados en exclusividad en el conflicto a otros que lo hacían desde una perspectiva más amplia, integrando su relato como parte de una experiencia vital más completa. Esta heterogeneidad en ningún caso resta interés al conjunto de esta producción autobiográfica, sino que más bien le aporta un valor añadido en el sentido de que permite conocer distintos matices de la guerra, así como constatar, atendiendo a la propia naturaleza social y constructiva de esos registros personales, el proceso de su invención colectiva. Este último elemento representa, a mi juicio, el alcance más notable de estos textos, pero a su vez constituye un interesante desafío, cuestión que exige superar determinados recelos y, en cualquier caso, un cierto malabarismo en su enfoque y tratamiento. Para alcanzar este cometido se ha considerado conveniente prescindir de los elementos que están *detrás* del texto –aunque en ningún caso de forma drástica, pues se ha considerado tímidamente ciertas implicaciones ideológicas o biográficas de sus autores–, valorando principalmente los mecanismos del propio discurso, concretamente la fecha de su elaboración y las palabras que sus autores dirigen a ciertos componentes políticos del periodo.

El primer aspecto, la cronología de la redacción, se explica por la importancia que tiene la memoria colectiva imperante en un momento determinado sobre la reconstrucción que una persona realiza individualmente acerca de los hechos de su pasado. Un factor temporal que permite, en cierta manera, concretar tanto la naturaleza de los aportes particulares de los propios memorialistas a la lectura colectiva, como la esencia de la asimilación de la interpretación resultante, altamente estereotipada.

Por su parte, el análisis de determinadas cuestiones políticas responde a una inquietud primordialmente práctica. La variedad temática de esas autobiografías ha conducido a estrechar el examen sobre elementos muy concretos pero que, en un sentido u otro, están presentes en la generalidad de los textos consultados. En este sentido, no se puede obviar que la reconstrucción mítica que afecta a la guerra en su conjunto se manifiesta igualmente en determinados elementos que lo integran. Las estructuras políticas del periodo conforman distintos perfiles a la hora de concebir la dirección de la resistencia y, consecuentemente, suscitan afectos precisos en función, por ejemplo, de su vinculación al sentimiento de unidad y de patriotismo nacional. Una cuestión en cualquier caso sujeta al contexto en que se produce la escritura, no exenta en ningún momento de problemas, pero cuyo análisis ha permitido concretar la entidad de las memorias de la guerra con respecto a la mitología propia de la construcción nacional.

3. LOS CONTORNOS DE LA MEMORIA: LA SIGNIFICACIÓN SOCIAL DE LA ESCRITURA PERSONAL.

Sobre esos pilares teóricos y metodológicos se ha desarrollado una investigación con fuentes autobiográficas que, en líneas generales, ha permitido sostener aquellas hipótesis iniciales que hacían referencia a la proyección colectiva del discurso de tinte individual. En efecto, mediante la confrontación de más de cincuenta testimonios autobiográficos –desde los elaborados de forma coetánea a los acontecimientos hasta los realizados a muchos años de distancia-, y la valoración de los mecanismos del propio discurso, se ha llegado a constatar que estos autores no sólo contribuyeron a cimentar la base sobre la que se sustentaría la significación colectiva de la Guerra de la Independencia, sino que, al mismo tiempo, asumirían como propias interpretaciones colectivamente establecidas.

Sin ánimo de entrar en el relato pormenorizado de sus resultados –en cuyo caso vuelvo a remitir a mis trabajos anteriores-, cabe ahora simplemente apuntar cómo el análisis particu-

lar y confrontado de las opiniones expresadas por los diferentes memorialistas sobre ciertos componentes políticos del momento –las autoridades fernandinas y afrancesadas, las Juntas Provinciales y la Junta Central-, han permitido rastrear cronológicamente, a grandes rasgos, la consideración social hacia los mismos, así como constatar que esos juicios se han movido en buena medida dentro de aquellos marcos colectivos más próximos al discurso patriótico y nacional.

Un claro ejemplo al respecto lo encontramos en los testimonios autobiográficos elaborados a mediados del siglo XIX, pues no sólo se observaría entonces una mayor concordancia de juicios, sino además la clara sujeción de éstos a los esquemas político-ideológicos imperantes en ese momento, alterando así, en parte, el marco interpretativo anterior. No en vano, la nueva situación contextual –marcada, entre otros aspectos, por la materialización de un Estado nacional, unitario y centralizado; por la articulación de un régimen oligárquico en el que la mayor parte de la población quedaba excluida de la representación política; o por la proyección de ciertas ideologías que abogaban por la movilización social y popular- conduciría, por un lado, a mostrar un mayor comedimiento hacia la consideración del afrancesamiento y a condenar los desmanes del pueblo hacia ese colectivo, y por otro, a rechazar la fórmula de gobierno representada por las Juntas Provinciales por responder a unos intereses particularistas de provincia, así como a ensalzar a la Junta Central por perfilarse como una autoridad central y unitaria opuesta a la fórmula partidista –hidra federal- representada por las Provinciales.

Las coincidencias temporales detectadas entre las opiniones expresadas por los memorialistas, confirman, pues, que en la elaboración de las autobiografías están operando ciertos elementos que trascienden, en última instancia, lo estrictamente individual. En consecuencia, estos relatos autobiográficos, al presentar un marcado componente colectivo, se erigen en un material propicio no sólo para rastrear, como ha quedado expuesto en el ejemplo anterior, la consideración pública de los elementos analizados y la elaboración social de los mismos, sino también, para abordar una cuestión central que está indisolublemente unida a la Guerra de la Independencia como realidad historiográfica, esto es, su ritmo de fabricación como mito patriótico de componente unánime y nacional.

No en vano, los testimonios más cercanos a los acontecimientos descubrían sobre este último particular un panorama múltiple y contrapuesto, en el que se intercalaban las concepciones centradas en la unanimidad de la insurrección con aquellas otras que incidían en su heterogeneidad y complejidad, y que en cierta manera dibujaban un paisaje cercano al conflicto

civil. Mientras autores como Ayerbe o López de Fraga resaltaban el componente unitario de la lucha, otros como Garciny, González Mateo, Pedro Pablo Álvarez o Villanueva Vigil mostraban un paisaje más discrepante y contradictorio. De hecho, todavía en los años posteriores al conflicto se observaba este contraste: al mismo tiempo que Copons y Navia defendía que “una sola es la voz de morir por Fernando”, Quintana destacaba que “todas las provincias corrieron unánimemente a las armas” aunque también admitía la “terrible lucha” surgida entre los mismos patriotas; por su parte, tanto Vargas Ponce como Martínez de Hervás perfilaban una situación más cercana a la desunión y disonancia.

Lo cierto es que en la década de los veinte los testimonios todavía resultaban, si no contrarios, al menos portadores de matices distintos. Joaquín Lorenzo Villanueva destacaba que “simultáneo fue aquel levantamiento” contra los franceses y que no vio “jamás variedad de dictámenes”. Moral Villalobos, pese a confesar la división en el seno de la sociedad española, en cambio defendía la unanimidad de la insurrección, mientras que en el plano político y literario apuntaba que “una guerra intestina se suscitó con las plumas, más ardiente, sangrienta y temible que la de las bayonetas”.

Los años treinta inauguraban una etapa de mayor consenso. Autores como Palafox, García de León y Pizarro, Posse, Mor de Fuentes, Pedro Agustín Girón o Espoz y Mina expresaban con nitidez el esquema general y unánime del levantamiento. No en vano, por entonces se publicaba la *Historia* del conde de Toreno, una obra clave en la definición del emergente discurso de tinte patriótico y nacional, que tendría enorme influencia en toda la producción de las décadas posteriores, y donde afirmaba que “la historia no nos ha transmitido ejemplo más grandioso de un alzamiento tan súbito y tan unánime contra una invasión extraña”. De todos modos, no faltarían por entonces testimonios personales –como los de Gregorio González Arranz e Izquierdo Guerrero de Torres– en un tono menos patriótico y ardiente, y que contraponían la imagen imperante de una resistencia general y espontánea.

La mayor parte de los escritos de las décadas centrales del siglo reproducían el esquema interpretativo del patriotismo nacional, e insistían en el carácter general, unánime y espontáneo del levantamiento. En esta línea se expresarían memorialistas como Manuel Llauder, Juan Manuel Sarasa, Matías Calvo o Francisco Rubert. En cierta manera, una insurrección que adquiriría entonces la categoría de nacional, en el sentido de que fue sustentada por el conjunto de la nación, de ahí que aunque algún memorialista, caso de Rodríguez Busto, destacara

la especial actividad de una zona concreta, lo hacía atendiendo más a su significación nacional que a su carácter particularista.

Un esquema del levantamiento que llevaría a Alcalá Galiano en sus *Recuerdos* a contrarrestar las interpretaciones maniqueas que dividían a la población en un bando u otro según su talento o cultura, para finalmente subrayar su entidad prácticamente general, unánime y simultánea. Un movimiento que Manuel Pando consideraba como “principio de la guerra gloriosa de la independencia española”, resultado de la general aversión a los invasores, y distinguido por un “ardor frenético que se apoderó del país”. Esta misma imagen se proyectaría prácticamente en todas las memorias de la última época. Salvo alguna excepción, memorialistas como Coroleu, Ramírez de las Casas Deza, Mesonero Romanos o García Blanco transmitían un concepto del conflicto significando su carácter general, unánime, nacional, heroico y patriótico, unos autores que escribían a muchos años de distancia de los acontecimientos y que indudablemente integrarían las interpretaciones colectivamente establecidas.

En resumen, el momento desde el que se escribe condiciona los términos y la representación del pasado sobre el que se escribe, una circunstancia que afecta, en un sentido u otro, tanto a los textos más cercanos a los acontecimientos como a aquellos otros que se redactan a muchos años de distancia. Ahora bien, mientras los primeros testimonios, elaborados en momentos en los que aún se estaban definiendo los perfiles de su interpretación colectiva, mostraban una mayor variedad interpretativa, conforme pasasen los años, las manifestaciones autobiográficas se ajustarían con mayor nitidez al discurso colectivo finalmente establecido. Por tanto, no debe desdeñarse la significación que ejerce la reconstrucción colectiva sobre la escritura autobiográfica de tinte individual, circunstancia que no sólo aporta pistas certeras acerca del peso mismo de esos discursos colectivos entre el conjunto de la ciudadanía, sino también, en última instancia, sobre su grado de aceptación, reproducción y transmisión desde una perspectiva personal.